

**EL VINO SOBREABUNDANTE
Y DE EXCELENTE CALIDAD
–Matices bíblicos en Juan 2,1-12–**

THE OVERABUNDANT WINE AND OF EXCELLENT QUALITY
Biblical nuances in John 2, 1-12

Hernán Cardona Ramírez¹

Universidad Pontificia Bolivariana. Medellín-Colombia

Resumen

El presente artículo se basa en un pasaje bíblico, no siempre fácil de interpretar. Así, la exégesis y la hermenéutica propuesta utiliza el mismo evangelio: las voces “signo” –*semeion*–, “gloria” –*doxa*– y “fe” –*pistis*– dan la clave de interpretación; las tres expresiones se analizan tanto desde ópticas generales como específicas, para mostrar cómo la relación entre los signos de Jesús, la gloria –que se puede ver y tiene un puente claro entre Antiguo y Nuevo Testamento– y la fe de quienes experimentan, es estrecha. La sobreabundancia en el relato bíblico está ligada con la Revelación de Dios y la ubicación del primer “signo” anuncia elementos determinantes para los relatos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Palabras clave: Signo, gloria, fe, revelación, sobreabundancia.

Abstract

The present article is based in a biblical passage not always easy to interpret. Thus, the exegetic and hermeneutic proposal use the same words presented in the Gospel: Terms such as “sing” –*semeion*–, “glory” –*doxa*– and faith –*pistis*– give the interpretation key, the three expressions are developed, both, from a general and an specific perspective, in order to arrive to the conclusion of the narrow relationship between the signs of Jesus, the glory –which can be seen and it establishes a bridge between

¹ Doctor en Teología Bíblica. Docente de Biblia, en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín-Colombia. Miembro fundador de “*Grubteo*”, grupo de investigación, clasificado en Colciencias-Colombia categoría “A”, con Certificado de Calidad (Icontec), vigente hasta 2013. Correo electrónico: hernan.cardona@upb.edu.co

the Old and the New Testament– and the faith of those who experience it. Finally, it is considered how the overabundant character of the passage is link to God's Revelation and how the place of the passage as a first sing announce important elements of the passion, death and resurrection passages.

Keywords: Sing, Glory, faith, revelation, overabundant.

Introducción

Un texto bíblico se puede mirar desde muchas perspectivas². El relato de Juan 2,1-12 nos presenta no sólo a Jesús como quien da el vino abundante, no estamos, de manera exclusiva, delante de un “*signo del vino*”, el texto nos lleva aún más lejos, el vino es de la mejor calidad, el más excelente de todos (Jn 2,10), y sobreabundante (más de 700 litros).

Cuando este relato se mira desde la óptica de la “*madre de Jesús*”³, aparecen otros elementos: gracias a la mamá, el hijo (Jesús) da comienzo a los signos; pero también, la madre le enseña una verdad histórica a su primogénito: *ila hora comienza no tanto cuando a ti te parece, sino cuando los otros te necesitan!*

Sin embargo, una presentación cuya médula se halla en Jesús nos permite marcar otros derroteros. El eje gira en torno a la persona del Señor, no son los nuevos esposos quienes llevan adelante la revelación, mucho menos la fiesta o como se dice en versiones populares “*las bodas de Caná*”, cuando el texto refiere, en singular, una sola boda (Jn 2,1)⁴.

Para el Cuarto Evangelio (Jn 1,1) su núcleo es el Verbo (Jesús), y esa Palabra se hizo “carne” (humanidad) Jn 1,14. Ese criterio se aplica también a Juan 2,1-12, pero dando espacio a otras visiones con las cuales se enriquece la polisemia del texto. De entrada, se ofrece una traducción propia del frag-

² Cf., H. ATTRIDGE, “Genre bending in the fourth gospel”, *Journal of Biblical Literature* 121/1 (2002) 3; D. MUÑOZ LEÓN, “La Iglesia: Perspectiva de Juan”, *Biblia y Fe* 26 (2000) 106.

³ Cf., J. BLANK, *El Evangelio según San Juan*, Herder, Barcelona 1984, 194.

⁴ Cf., L. CHACON, “Principales líneas de interpretación de Jn 2, 3c-4 en la historia de la exegesis”, *Estudios Eclesiásticos* 77 (2002) 385; A. GÓMEZ FERNÁNDEZ, *Ti Emoikaieoi: ¿Qué hay entre tú y yo?: Jn 2, 4a, nuevas perspectivas. Tesis para obtención del grado de doctor*, Universidad de Salamanca 2003, 137; J. J. LUZITU, “Who is the Mother of Jesus at Cana?: A mariological interpretation of John 2: 1-12”, *Hekima Review* 23 (2000) 8.

mento bíblico, bastante ceñida al texto griego, aunque en términos globales corresponde a las versiones castellanas existentes en el medio.

2, 1 Y al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. 2 Fue invitado también a la boda, Jesús con sus discípulos. 3 Y, como faltara vino, le dice la madre a Jesús: «No tienen vino.» 4 Y Jesús le dijo: «¿Qué a mí y a ti mujer? Todavía no llega mi hora.» 5 Dice su madre a los diáconos: «*Haced cuanto él os diga.*» 6 Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una⁵. 7 Les dice Jesús: «Llenad las tinajas de agua.» Y las llenaron hasta el borde. 8 «Sacadlo ahora, les dice, y llevadlo al maestresala.» Ellos lo llevaron. 9 Cuando el maestresala probó el agua hecha vino, como ignoraba de dónde era (los diáconos, quienes habían sacado el agua, sí lo sabían), llama el maestresala al esposo 10 y le dice: «Todo hombre pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.» 11 Así, en Caná de Galilea, hizo Jesús su primer signo, y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. 12 Después descendió a Cafarnaúm con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no permanecieron allí muchos días.

Un punto de partida

Este relato del signo del vino abundante y de la mejor calidad asoma sin duda como un texto fascinante, pero con demasiados elementos, no todos fáciles de asimilar, aun cuando el autor en Jn 2,11 nos dé la clave de lectura y nos señale una verdad; *nunca se debe olvidar este versículo para entender con precisión el pasaje*⁶ (en una traducción muy literal) el verso en cuestión dice así:

⁵ Cada medida o “metreta” (literal) comprende alrededor de unos cuarenta litros; tres metretas equivalen a cerca de ciento veinte litros, éste sería el contenido de cada tinaja, y como son seis tinajas, el total de litros está entre seiscientos y setecientos. En verdad es una cantidad exagerada dado el contexto.

⁶ G. LOHFINK, *Le grandi opere di Dio continuano*, Queriniana, Brescia 1996, 39.

Este fue el primer signo hecho por Jesús en Caná de Galilea y allí manifestó su gloria, y creyeron sus discípulos en Él (Juan 2,11).

Para el evangelista y su comunidad, el relato gira en torno a tres palabras claves: *signo (Semeion, en griego)*⁷, *gloria (Doxa)*⁸, y *fe (Pistis)*⁹. Si Juan 2,1-12 es el primer signo, entonces debemos hallar más signos en el evangelio total.

Los signos en el Cuarto Evangelio¹⁰

De hecho, antes de su Pascua, es decir, en los primeros doce capítulos del Evangelio Cuarto, Jesús realiza *siete signos*: el primer signo, el vino abundante en Caná (Jn 2,1-11); el segundo signo (Jn 4,54), es también en Caná de Galilea, cuando Jesús cura al hijo enfermo de un funcionario real (Jn 4,46-53); el tercer signo, Jesús cura a un enfermo de Jerusalén en la piscina Betzató (Jn 5,1-9); el cuarto signo: Jesús da de comer a la multitud junto al lago de Galilea (Jn 6,1-15); el quinto signo: Jesús camina sobre las aguas del lago (Jn 6,16-21); el sexto signo: Jesús cura a un ciego de nacimiento (Jn 9,1-7); el séptimo signo: Jesús, resurrección y vida, devuelve la existencia a su amigo Lázaro (Jn 11,38-44).

El evangelio cuarto asoma también otro signo, el octavo: *Jesús resucitado hace posible la pesca abundante de sus discípulos* (Jn 21,1-6), un texto con elementos paralelos en Lc 5,1-11. Además este signo lo realiza Jesús ya como resucitado. De otro lado, la gran mayoría de los estudiosos del Cuarto Evangelio considera el capítulo 21, un añadido posterior al primer texto, donde habría sólo siete signos. *Hablar de "siete" nos coloca delante de la plenitud*. El evangelio es consciente de numerosos signos realizados por Jesús (Jn 20,30-31; 21,25), pero ha hecho esta selección para señalarnos una totalidad.

⁷ O. BETZ, en: H. BALZ - G. SCHNEIDER (ed.), *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2002.

⁸ H. HERGMANN, en: H. BALZ - G. SCHNEIDER (ed.), *Diccionario Exegético...*, o.c.

⁹ G. BARTH, en: H. BALZ - G. SCHNEIDER (ed.), *Diccionario Exegético...*, o.c.

¹⁰ Además de la bibliografía indicada al final del artículo, vale la pena insistir en: X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan (I)*, Sígueme, Salamanca 2001, 18.

En el Cuarto Evangelio los signos revelan rasgos de la divinidad de Jesús, en el primero, en la conversión del agua en vino, se muestra como el Mesías esperado, pues, según la creencia popular judía, cuando llegara Mesías haría una fiesta con abundancia de vino (Is 25,6-8). En la curación del hijo de un funcionario real, Él es la “vida” de quienes llevan una existencia menguada y disminuida (Jn 4,50). En la curación del enfermo de Betzatá, Jesús es igual a Dios. Trabaja y cura con pleno derecho el día sábado (Jn 5,17-18). En el signo de los panes abundantes, Él es el Pan vivo bajado del cielo, capaz de saciar el hambre de felicidad, de sentido de vida, de búsqueda y de ilusión de las personas.

En la caminata sobre las aguas, Jesús acompaña a la Iglesia (la barca) en su marcha a través de los problemas del mundo (el lago encrespado) hasta ponerla a salvo en la otra orilla. En la curación del ciego de nacimiento, Jesús es la Luz del mundo, quien cree en él no andará nunca en tinieblas. Y ante Lázaro, Jesús se revela como la resurrección de los muertos, pues quien haya muerto volverá un día a vivir. De manera gradual el Cuarto Evangelio nos descubre poco a poco quién es Jesús. Dios se ha hecho presente en Jesús.

Frente a los signos obrados por Jesús, los testigos dieron diferentes respuestas. Algunos, como el Sumo Sacerdote Caifás, no los negó, pero se rehusó a creer, y aconsejó a los fariseos matar a Jesús (11,47); los jefes judíos están ciegos, y permanecen en la oscuridad para siempre (3,19-20)¹¹. Otros como Nicodemo (3,2-3), los hermanos de Jesús (7,3-7), o la multitud (6,26), no van más allá de los signos; sólo buscan hechos prodigiosos o resolver problemas inmediatos (Jn 6,14-15); ellos tienen una fe imperfecta e incompleta. Y otros, como el funcionario real (4,53) o el ciego de nacimiento (9,38), asimilan el significado de los signos, y creen en Jesús, descubren quién es Él, y alcanzan una fe adecuada.

Llama la atención en Juan 20,30-31 la insistencia: *estos signos son para creer y tener vida eterna* (contemplar la gloria de Dios), por lo tanto Juan 2,11 se replica en Juan 20,30-31. Por ello, los signos de Jesús en este evangelio, tienen una finalidad concreta: *manifestar la gloria e introducir a los lectores orantes del texto, en la experiencia de la fe.*

¹¹ Cf., I. BUCHANAN, *A Dictionary of Critical Theory*, Oxford OUP, Oxford 2010, 3.

I. La gloria (doxa) en el Cuarto Evangelio

Según Juan 2,11, *en el signo se manifiesta la gloria*¹². Para apreciar el sentido de la gloria aquí, conviene hacer un recorrido rápido por el Cuarto Evangelio. En Jn 1,14, hallamos la primera precisión sobre la “gloria”:

Y hemos visto su gloria, la gloria del Padre por ser su Hijo único, lleno de amor y de verdad.

Según esta cita, *la gloria se puede ver* y los signos representan un lugar privilegiado para ver la gloria, una gloria no sólo de Jesús sino también del Padre. La gloria es inseparable de los signos. Esta afirmación adquiere matices más claros en el evento de Jesús ante Lázaro y sus hermanas. En Juan 11,40, Jesús le dice a Marta¹³:

¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?

Por lo tanto, la acción de Jesús con Lázaro está en función de “ver” la gloria de Dios, de descubrirla a quienes creen. Por otro lado, esa gloria de Dios es la misma de Jesús el Cristo:

Esta muerte (la de Lázaro) ha de servir para mostrar la gloria de Dios, que es también la gloria del Hijo de Dios (Jn 11,4).

Esta relación estrecha entre el Hijo y el Padre, su íntima unidad, permite entender el ministerio de Jesús (Juan 1-12, es decir, la primera parte del evangelio), desde el inicio hasta el final. En Juan 12,37-50 se refuerza la unidad entre *los signos, la gloria y la fe*. Es decir, se concluye en esta parte, el camino iniciado en Juan 2,11.

¹² En verdad, los primeros discípulos, a través de las palabras y de los actos de Jesús de Nazaret, reconocieron la gloria del “Logos”, tal como mostrará el evangelista al narrar los “signos”. El “ver” en el sentido propio del verbo griego “theásthai”, designa la mirada detenida, es decir, contempla el suceso y/o la persona, como si por medio de la fe se profundizase en tal realidad. Cf., J. L. SICRE, *Profetismo en Israel*, Estella, Verbo Divino, 1998, 100; X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan (I)*, o.c., 94.

¹³ A. JAUBERT, “El Evangelio según San Juan”, *Cuadernos Bíblicos n° 17*, Verbo Divino, Estella 1985, 35.

Los judíos no creen en Jesús no obstante él realice delante de ellos numerosos signos:

A pesar de que Jesús había hecho numerosos signos delante de ellos, no creían en Él (Jn 12,37).

Y la comunidad del Cuarto Evangelio interpreta esta incredulidad:

Pues tenía que cumplirse aquello escrito por el profeta Isaías (Jn 12,38).

Para la comunidad responsable de este evangelio, el gesto incrédulo de los adversarios de Jesús, relee con propiedad Isaías 53,1:

*¿Señor, quien ha creído a lo que hemos escuchado (nuestro anuncio)?
¿A quién se le reveló el brazo del Señor?*

Sin duda, esta constatación entraña una esencial gravedad, la mayor parte del pueblo de Dios no cree, se trata de una incredulidad incomprensible desde un punto de vista humano. Según Juan 12,39, la incredulidad de los judíos encuentra su eco en la profecía de Isaías:

Así que (los judíos) no podían creer, pues también escribió Isaías

El fragmento de Isaías 6,10 se relee ahora desde Jesús (Jn 12,40). La profecía de Isaías trata de explicar por qué el pueblo no le cree a Dios, en este caso, por qué los judíos no le creen a Jesús:

*El Señor les ha enceguecido los ojos,
Y les ha endurecido el corazón,
para que viendo no vean,
y el corazón (no) comprenda,
y (no) se conviertan, y (no) tengan su salud.*

Ahora Juan 12,41 hace una afirmación en extremo audaz:

Isaías dijo esto porque vio la gloria de él (de Jesús) y habló sobre él.

Con este versículo se vuelven a juntar en esta parte del Cuarto Evangelio: *los signos, la gloria y la fe*. Para algunos, como para los judíos, es posible negarse ante las evidencias y no-creer. Pero la afirmación sobre Isaías nos lleva más lejos. Según Juan 12,41, Isaías habla de la “*gloria de Cristo*”.

La celeste “gloria” de Dios, en algunos pasajes de Isaías

Cuando nos interrogamos cómo pudo el Cuarto Evangelio afirmar un conocimiento de la gloria de Cristo por parte de Isaías, nos debemos introducir en el texto profético. En Isaías 6,1-8, cuando la vocación del profeta, él sostiene haber visto la “gloria de Dios”:

... Vi al Señor *sentado en un trono...* y a los serafines gritar uno a otro: «Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, **su Gloria** llena la tierra toda» (Is 6,1.3).

Según lo anterior, la cita de Is 6,9-10 donde se explica la terquedad y la actitud de incredulidad de los judíos, conducta reafirmada por Juan 12,39, tiene como marco de referencia la visión de la vocación del profeta, narrada en Isaías 6,1-8. Este llamado vocacional se abre con una teofanía (manifestación) de Dios (Is 6,1-3); *el profeta vio la gloria de Dios*, majestuosa e imponente, ante quien los serafines (creaturas celestes) deben cubrirse por completo pues no pueden ver a Dios porque morirían (Ex 33,20; 3,6, Is 6,5) y además, escucha tres veces este grito: Santo... santo... santo... Señor de los ejércitos (en hebreo, Dios Sebaot).

Pero aquí se manifiesta de nuevo la audacia de nuestro evangelio. En Juan 11,4 la gloria de Cristo es la misma del Padre. Isaías vio la gloria de Dios y esa es la misma gloria de Cristo, por lo tanto aquí se encuentran Antiguo y Nuevo Testamento. Pero además se establece una profunda conexión: *Cristo comparte esta gloria de Dios, desde siempre*, Juan 1,1:

En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba dirigida hacia Dios y la Palabra era Dios.

Incluso el Hijo se encuentra desde siempre en el seno del Padre:

Nadie ha visto nunca a Dios; el Hijo único que es Dios y quien vive en el seno del Padre, él nos lo ha hecho conocer (Jn 1,18).

Este hijo tenía su gloria junto al Padre antes que el mundo fuese (Jn 17,5). Y gracias a Jesús el Cristo hemos visto esa gloria:

Y la Palabra se hizo carne (humanidad) y puso su tienda entre nosotros. Y hemos visto su gloria, la gloria como del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).

Para el Cuarto Evangelio, la profecía de Isaías en el capítulo sexto habla de Cristo, incluso desde antes de hacerse humanidad y por eso el evangelista puede escribir:

Les aseguro, verán el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre (Jn 1,51).

He aquí otra manera de afirmar la divinidad de Jesús, el Hijo de Dios. Pero además esta frase de Jn 1,51 nos lanza al Antiguo Testamento. En el Génesis, el patriarca Jacob tiene un sueño:

Allí tuvo un sueño, en él veía una escalera, apoyada en la tierra pero que llegaba hasta el cielo, por medio de la cual los ángeles de Dios subían y bajaban (Génesis 28,12).

Para el Cuarto Evangelio, el sueño de Jacob¹⁴ dejó de ser ilusión y ahora con Jesús es una realidad. En Jesús y por él, los cielos se abren, las criaturas celestes sirven al Hijo del hombre, están al servicio de ese reino humano presente en la historia, capaz de imponerse poco a poco, nunca a la fuerza sino por atracción, fascinación y contagio.

La gloria de Dios está sobre Jesús, y los discípulos pueden “*ver*” y palpar tan significativa experiencia¹⁵. La visión del profeta Isaías de la gloria de

¹⁴ Llama la atención cómo en los comienzos de la Iglesia, hubo interpretaciones en este mismo sentido, de relacionar Jn 1,51, con Génesis 28,12. Cf., M. SHERIDAN, *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, 273.

¹⁵ En la Biblia Hebrea, Dios manifiesta su gloria en el fuego consumidor en la cima de

Dios, es decir, de la gloria de Cristo, le permite al Cuarto Evangelio meter a Jesús en esta historia, *sin perder la fe en su divinidad*. De hecho, luego de la afirmación de Jn 1,51, es decir, cuando los ángeles suben y bajan sobre el Hijo del hombre, de inmediato se narra el signo del vino abundante (Jn 2,1-12).

Según Juan 2,11, la gloria de la cual son testigos los discípulos por la fe y gracias al signo del vino sobreabundante, es la misma gloria descrita en Juan 1,14, esa gloria celeste, conocida por los ángeles, gloria llena de fuerza y dinamismo, gloria exaltada por los serafines (Is 6,2); se trata de la idéntica gloria compartida por el Hijo (Jesús) con su Padre (Abba).

Pero también es la gloria presente en esta historia, encarnada en la Palabra (Jn 1,14.18); esta gloria la pone en la historia el Hijo del hombre (Jesús de Nazaret), se acabaron las distancias y los abismos entre el cielo y la tierra gracias a la Palabra, al Verbo hecho carne.

La gloria “terrestre” de Dios, en algunos pasajes de Isaías

Pero los elementos expuestos hasta aquí no finalizan el argumento. Los textos nos mueven ahora a un quiebre fundamental. La gloria de Dios en la profecía de Isaías no se agota para su comprensión en Is 6,1-13 pues esta gloria de Dios tiene también una plenitud radiante de salvación en “esta historia” (y un contexto no se entiende sin el otro). La gloria en Isaías asoma además como un don efectivo a favor de los necesitados y para las enteras miserias del Israel amado y salvado por Dios. En la profecía de Isaías, la gloria de Dios, posee un carácter sin duda histórico, tangible y eficaz:

Que se alegre el desierto... florezca... tan fértil como el Carmelo... todos verán la gloria del Señor (Is 35,1-2).

Fortalezcan a los débiles, den valor a los cansados... los ciegos verán y los sordos oirán; los lisiados saltarán como venados y los mudos gritarán. En el desierto... brotará el agua a torrentes (Is 35, 3-6).

la montaña (Ex 14, 16-17). Ahora la gloria de Dios es Jesús quien revela su amor sin límites (abundancia de vino y de la mejor calidad). Cf., J. BORTOLINI, *El Evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2009, 35.

Entonces mostrará el Señor su gloria, y todos los hombres la verán. El Señor mismo lo ha dicho (Is 40,5).

Las naciones verán tu salvación, todos los reyes verán tu gloria. Entonces tendrás un nombre nuevo, que el Señor mismo te dará (Is 62,2).

Entonces vendré yo mismo a reunir a todos los pueblos y naciones y vendrán y verán mi gloria (Is 66,18).

De acuerdo con estos pasajes, y cabría citar muchos más, el Dios de la Biblia tiene una gloria, pero nunca sólo para sí mismo, al contrario, la dona a los suyos, a su pueblo y con ella busca atraer a las naciones todas. Incluso, el Señor transforma a Israel en aquella misma gloria con la cual lo irradia:

Levántate, Jerusalén, envuelta en resplandor, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor brilla sobre ti. La oscuridad cubre la tierra, la noche envuelve a las naciones, pero el Señor brillará sobre ti y sobre ti aparecerá su gloria. Las naciones vendrán hacia tu luz, los reyes vendrán hacia el resplandor de tu amanecer (Is 60,1-3).

La transformación de Israel se muestra tangible y concreta, no es una mera especulación. La tierra produce frutos abundantes, el desierto se transforma en un huerto (Is 4,2), la estepa en tierra fértil. De otro lado, pero en la misma dirección de un profundo cambio en la realidad, *los ciegos ahora ven, los sordos en este momento oyen, el hombre mudo a la presente grita de alegría* (Is 35,1-6). De inmediato se identifica una esperanza profética “real y eficaz” nunca ilusoria o figurada.

Incluso, en otro pasaje de Isaías, quienes antes eran débiles y estaban afligidos, ahora son llamados “*robles victoriosos*” plantados por el Señor para mostrar su “gloria” (Is 61,3), un versículo en el cual se prolonga un significativo anuncio:

El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha consagrado; me ha enviado a entregar el evangelio a los pobres, a aliviar a los afligidos, a anunciar la libertad a los presos, libertad a quienes están en la cárcel; a anunciar el año de gracia del Señor... a consolar a todos los tristes (Is 61,1-2).

Cuando el Cuarto Evangelio nos mandó donde Isaías, buscó hacernos tomar conciencia de un sentido revelador: *la gloria de Dios posee, por lo menos, esas dos dimensiones*, representa una gloria celeste (quizá bastante común en el pensamiento de la época y de muchas experiencias religiosas), pero a la vez posee un derrotero histórico, tangible, concreto, el cual se puede percibir en la acción de Dios con los seres humanos, de manera especial, con los pobres, los débiles y los más necesitados. En síntesis, el recurso a Isaías, le permite al lector del Cuarto Evangelio descubrir cómo la gloria (terrestre-celeste) del Señor es bien visible, y se hace notar con propiedad en esta historia. Pues bien, estas características dinámicas de la gloria divina se hacen evidentes a su vez en el signo del vino abundante en Caná.

El vino sobreabundante: la gloria tangible en Juan 2,1-12

En Juan 2,1-12, la gloria del Señor asoma de un modo muy concreto, refuerza la segunda dimensión de la gloria de Dios, presente en la profecía de Isaías, es decir, *aquella gloria histórica, eficaz y palpable*. En el relato, la gloria del Señor se manifiesta de manera precisa en “*la sobreabundancia del vino*”. Jesús dona con amplia generosidad el vino para alegrar la fiesta y evitar un momento de sonrojo vergonzante a los recién casados.

Incluso el pasaje en mención elabora esta sobreabundancia con sumo cuidado. Jesús en Juan 2,6-7 da una orden:

Había allí seis tinajas de piedra, para el agua que usan los judíos en las ceremonias de purificaciones. Cada una de dos o tres metreta (una metreta unos 40 litros). Jesús dijo a los diáconos (servidores) llenen de agua estas tinajas. Y ellos las llenaron hasta el borde.

Por lo tanto Jesús no manda llenar de agua las ánforas normales de terracota, de uso en la cocina de las casas, y en las cuales, en aquella época se conservaba el vino, para consumir con los alimentos cotidianos. Él ordena colmar los recipientes de piedra utilizados por los judíos para las abluciones rituales y por ello excavadas en piedra, con una amplia capacidad de almacenamiento, porque se usaban no sólo para la purificación sino también para el aseo personal.

Cada recipiente, según el texto, puede tener una capacidad de dos o tres metreta, por lo tanto entre 80 y hasta 120 litros cada una de las tinajas, para un gran total de 600 a 700 litros de vino. Y todavía el evangelista añade: “Y las llenaron hasta el borde” (Jn 2,7), es decir, *las tinajas rebosaban*¹⁶.

En verdad se trata de una cantidad exagerada para una sencilla boda de unos campesinos de Galilea, en el poblado de Caná, aunque es cierto un hecho: de ordinario la boda comenzaba el miércoles en la tarde hasta el inicio del sábado, pero algunos la prolongaban hasta ocho días, yendo a la casa de la celebración todos los días al caer el sol y pasar juntos buena parte de la noche.

Recordemos cómo para muchos judíos el arribo del Mesías sería festejado por Dios con una inmensa fiesta de bodas, en ella el novio sería Dios, y la novia el pueblo de Israel. Dios se casaría con su pueblo, y a partir de ese momento lo cuidaría y serviría con amor eterno, y ya no lo dejaría a su suerte. Fue también el anuncio de la profecía de Isaías: “*Como un joven se casa con su novia, así se casará tu creador contigo; el gozo del esposo por su novia, sentirá Dios por ti*” (Is 62,5). También de Oseas: “*Yo te haré mi esposa, Israel, para siempre; me casaré contigo porque te amo con mis entrañas; tú te unirás al Señor*” (Os 2,21-22).

Del mismo modo, esta fiesta de bodas se caracteriza por la gran abundancia de vino: “*Aquel día, por los montes y colinas fluirá el vino como agua*” (Am 9,13). “*Aquel día el Señor ofrecerá a todos los pueblos un banquete con vinos exquisitos y abundantes*” (Is 25,6). “*Aquel día habrá una cosecha enorme de trigo, y las bodegas rebosarán de vino*” (Jl 2,24). Incluso un libro apócrifo de esa época, al hablar de la Boda del Mesías, dice: “*Ese día, cada tronco de la vid tendrá 1.000 ramas, cada rama tendrá 1.000 uvas, y cada uva dará 500 litros de vino*” (2Baruc 29,5).

Por lo tanto, Jesús con este signo del vino abundante, relee con pleno sentido la boda de Dios con Israel. Esta fiesta ya empezó con Jesús y nada nuevo se debe esperar. Jesús es el Mesías esperado, el enviado de Dios, él trae el vino abundante, por lo tanto, los últimos tiempos ya comenzaron.

¹⁶ Las tinajas rebosan en su contenido, pero además, el vino no sólo es sobreabundante, sino también de la mejor calidad. Cf., J. P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús Histórico*, Verbo Divino, Navarra 2000, 1080; J. BLANK, *El Evangelio Según San Juan*, o.c., 197; X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan (I)*, o.c., 188.

Los ritos y prácticas judías (*el agua estaba en las tinajas de piedra utilizadas por los judíos para sus purificaciones*) perdieron su valor; han quedado ahora reemplazadas por el vino abundante de Jesús (La Eucaristía cristiana).

A pesar de las anteriores precisiones la cantidad de vino permanece como un dato exorbitante. Pero, de hecho, en este detalle se centra el interés del narrador. *La oferta de Jesús es sobreabundante*, no es tacaña, ni limitada, ni restringida, ni avara... todos los recipientes encontrados en la casa y en sus inmediaciones fueron llenos hasta el borde. Incluso la sobreabundancia inaudita contrasta con el pedido: “*Ya no tienen vino*” (Jn 2,2). Con el vino donado por Jesús, se superó con creces la ansiosa expectativa y toda humana previsión. El signo del vino generoso (Jn 2,1-12) y el signo de los panes abundantes (Jn 6,1-15) tienen como punto nodal un criterio divino: *Jesús (Dios) siempre nos da más de lo necesario*.

La gloria de Dios revelada por Jesús aquí está marcada por la sobreabundancia, pero al mismo tiempo descubre un motivo esencial y la forma privilegiada de la entera historia de la salvación. Este proyecto es bondad abundante, gracia misericordiosa, y regalo de Dios. Estamos delante de la definición más dicente de la historia de la salvación: *lo único necesario en la Revelación es la sobreabundancia*.

Un vino sobreabundante y a la vez de la mejor calidad (excelente)

Pero tampoco los comentarios respecto a la sobreabundancia del vino generoso agotan la exposición del argumento dentro del pensamiento del evangelista, en Juan 2,1-12. Para el narrador no es suficiente constatar la sobreabundancia del vino. Importa mucho además hacer bien notable y visible este vino. Por eso el relato nos lanza ahora a contemplar la calidad y las cualidades de este vino.

Para alcanzar este objetivo nos coloca delante de un personaje. El fragmento bíblico introduce a propósito en el escenario al “*architriklinos*”¹⁷

¹⁷ *Architriklinos* en griego. El Maestresala Jn 2,8-9 (dos veces): el encargado de organizar la fiesta. Martín Lutero traduce: “*Speisemeister*” (encargado del menú de un banquete). En la lengua castellana, “*maestresala*” es una expresión caída en desuso. Era el criado

(maestresala o maestro de mesa), es decir, el responsable de ordenar la fiesta. Según Martín Lutero, este hombre es el “*encargado de organizar el menú*”. Este protagonista supervisa los alimentos de la fiesta y sobre todo la mezcla del vino. El texto del Cuarto Evangelio nos lo presenta así:

El encargado de la fiesta probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde venía. Por eso llamó al esposo y le dijo: todo hombre sirve primero el mejor vino, y cuando los invitados están bebidos, se sirve el vino inferior. Tú en cambio has guardado el vino mejor para el final (Jn 2,9-10).

El “architríklinos” no sabe de dónde proviene el vino con el cual se colman las cisternas de piedra hasta el borde. Además, con justa razón por ser el responsable de la fiesta, se extraña de saber de este vino mejor sólo en este instante; en cierta medida se siente autorizado para formular un reclamo a los recién casados.

De otro lado, la regla para servir el vino (el vino mejor se sirve al inicio de la fiesta y no al final), tiene dentro del relato, la función de resaltar con tacto y sin mayores aspavientos, pero de manera inequívoca, cómo el vino último servido en esta fiesta es un vino bueno, excelente y de la mejor calidad. En este caso, como quizá en toda la historia de la revelación, lo mejor está al final, aunque se degusta desde ya. La comprensión correcta exige poner en relación directa esta sobreabundancia del vino con su excelente e inmejorable calidad, y a su vez, ambos atributos (cantidad y calidad) con el significado de la gloria de Jesús el Cristo, en Juan 2,11.

Con base en el vino abundante y generoso, queda al descubierto cómo la “gloria de Dios” no permanece fuera de la creación, en un íntimo imaginario mundo suprasensible o meramente espiritual, en la trascendencia, sin ninguna vinculación con esta historia. Al contrario, la gloria en Juan 2,1-12, es visible, palpable, eficaz, incluso se puede probar y gustar. Esta gloria yace concreta, real, terrena y por esa misma razón relea la apreciación profética de Isaías. La gloria de Jesús es sobreabundante y de una calidad excelente, es decir, la mejor.

principal, jefe de los criados, quien asistía a la mesa de su señor; en ocasiones disponía el orden de los platos y de las bebidas, aunque su misión era probarlos antes de presentarlos a la mesa (Jn 2,8-9).

El encuentro entre Antiguo y Nuevo Testamento en torno a “la gloria”

Para la profecía de Isaías, en el Antiguo Testamento, la gloria de Dios en verdad tenía los atributos mencionados, *era real, concreta y terrena*, pero sólo alcanzaría este nivel “al final de los tiempos”. Por eso al juntar la profecía de Isaías con Juan 2,1-12, hallamos ahora otra novedad esencial. *En Jesús se aprecia “el final de los tiempos”*, en el signo del vino, se ve, se palpa, se degusta la gloria de Dios, así como los invitados a una fiesta disfrutaban el excelente vino y lo saborean mucho mejor, no al comienzo, sino al final de la fiesta.

Cuando la profecía de Isaías usa el vocablo “ver” para referirse a la gloria no utilizó un verbo sin más, al contrario, en ese contraste con el signo del vino generoso (Juan 2,1-12) enfatiza la historicidad de esta revelación divina.

Todos *verán la gloria* del Señor, la majestad de nuestro Dios (Is 35,2).

Entonces mostrará el Señor *su gloria*, y *la verán* todos los hombres. El Señor mismo lo ha dicho (Is 40,5).

Las naciones verán tu salvación, todos los reyes *verán tu gloria* (Is 62,2).

Entonces vendré yo mismo a reunir a todos los pueblos y naciones, y vendrán y *verán mi gloria* (Is 66,18). Cfr. Is 60,1.5.

Y por su lado el autor del Cuarto Evangelio asumió como propia dicha expresión no sólo porque estaba en la tradición del Antiguo Testamento (profecía de Isaías), sino porque él mismo era testigo de esta realidad: palpaba y degustaba en su devenir creyente esta gloria¹⁸.

Y hemos *visto su gloria*, la gloria que recibió del Padre, por ser Hijo único, pleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).

¹⁸ A. JAUBERT, *El Evangelio según San Juan, o.c.*, 36; J. P. MEIER, *Un judío marginal...*, o.c., 1085.

Isaías dijo esto porque *había visto la gloria de Jesús* y hablaba de él (Jn 11,41).

Estas referencias bíblicas permiten no sólo corroborar las afirmaciones de los párrafos anteriores, también nos impulsan a dar un paso hacia delante en nuestra aprehensión del texto. El signo del vino abundante y generoso, en una boda de campesinos en el poblado de Caná de Galilea, nos revela no sólo la gloria de Dios, sino también la de Jesús, quien es Hijo y se encuentra desde el principio con el Padre (Jn 1,1). Pero hay más, porque al mismo tiempo, el presente relato pone al descubierto la imponente, palmaria y visible penetración de esta gloria en la historia.

Ahora bien, irrumpe no en cualquier historia, sino en la historia del pueblo de Dios (s. I dC), en la historia de Israel, a quien ahora, con el ministerio de Jesús se le dona la plenitud última y definitiva de la “gloria del Señor”.

La gloria de Jesús en la hora del Padre

De acuerdo con Juan 2,11, el signo está en función de la gloria y de la fe de los discípulos. Ya tenemos vino sobreabundante y de la mejor calidad, ambos criterios en relación con la patente gloria de Dios en esta historia.

Pero en el relato hay un quiebre un tanto enigmático ¿Cómo explicar la cantidad y la calidad del vino frente a la frase “*aún no ha llegado mi hora*”? ¿Cómo relacionar el signo del vino con el retraso de “esta hora de Jesús”? En la economía del relato este argumento aún se encuentra sin una precisión plausible¹⁹.

Según la narración, la frase sobre “la hora de Jesús” nace de una observación formulada por la madre del Maestro, quien hace notar a su Hijo la falta del vino en la fiesta de boda:

¹⁹ Esta frase, traducida aquí según el orden de las palabras griegas, presenta en su literalidad una oscuridad. El griego “*οὐποέκει he hora mou*” puede ser una afirmación-negativa: “*no ha llegado todavía mi hora*”, o bien, una frase interrogativa: “*¿no ha llegado todavía mi hora?*”. Como los manuscritos no señalan ninguna puntuación, la opción depende de la interpretación dada al texto y al contexto. Las traducciones optan en su mayor parte por la aserción negativa. Cf., X. LÉON-DUFOUR, *Lectura del Evangelio de Juan (I)*, o.c.

Tres días después, hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba allí, y Jesús y sus discípulos fueron también invitados a la boda. Se acabó el vino y la madre de Jesús le dijo: ya no tienen vino. Jesús le contestó: ¿Qué tengo por (de) hacer contigo, ¡Oh mujer!? No ha llegado aún mi hora (Jn 2,1-4). (La frase final corresponde a una traducción bastante literal).

Sin duda, la respuesta de Jesús a su mamá aparece un tanto enigmática. Y el inconveniente de esta frase está no sólo en la rudeza de la contestación de Jesús, a un ser tan querido como lo es la madre, cuando formula una petición de por sí llena de buenas intenciones, pues no hace una solicitud para el beneficio personal sino para el bienestar de la comunidad. El ‘pero’ se halla también en la afirmación de Jesús: “*No ha llegado aún mi hora*”, pero para el colmo de los contrastes, a pesar de esa negativa, el Hijo obra de todos modos el “signo” y lo realiza enseguida, delante de la madre y de manera más bien inmediata. Además, si Jesús realiza el signo del vino abundante, entonces su hora por lo menos ya comenzó con esa obra de misericordia.

Algunos estudiosos del pasaje de Juan 2,1-12 sugieren eliminar, con un cambio, la tensión de esta expresión dentro del relato, transformar en interrogativa la frase afirmativa como la hallamos de ordinario en las traducciones bíblicas (la gramática griega permitiría esa interpretación). Y sonaría así: “*¿No ha llegado aún mi hora?*”. Pero con este cambio la dificultad permanece, porque el problema no se halla al final del diálogo sino en la primera parte de la frase, en las expresiones rudas: “*¿Qué tengo por (de) hacer contigo ¡Oh mujer!?*”

II. La hora de Jesús en el Cuarto Evangelio

Cuando nos aproximamos al Cuarto Evangelio, de manera especial a los relatos de la pasión de Jesús, descubrimos cómo “la hora”, “mi hora” representa el momento de la “glorificación del Maestro”, el cual coincide, según el evangelista, con el levantamiento del Cristo en la cruz²⁰.

²⁰ Existen algunos otros textos del Cuarto Evangelio sobre la hora de Jesús: Jn 7, 30; 8, 20; 12, 23; 12, 27; 16, 32; 19, 27; 4, 21-23; 5, 25-28. Cf., J. P. MEIER, *Un juicio marginal...*, o.c., 1076.

Sabiendo Jesús que había llegado *su hora* de pasar de este mundo al Padre (Jn 13,1).

Padre: *ha llegado la hora*; glorifica a tu Hijo para que también él te glorifique a ti (Jn 17,1).

Ha llegado la hora en la cual va a ser glorificado el hijo del hombre. En verdad, en verdad les digo, si el grano de trigo cae en la tierra y no muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,23-24).

Para el Cuarto Evangelio, la cruz, la muerte y la resurrección de Jesús constituyen una paradójica unidad, pues allí se encuentran la muerte y la vida, mejor aún, de la muerte surge la vida y la vida resucitada asume la muerte violenta. Por lo tanto, la hora en Jn 2,4 no ha llegado aún porque todavía no estamos en la cruz, pero no es menos cierto otro dato, en el signo del vino abundante, estamos delante de un “anticipo” (aunque en sí mismo el signo es completo) lleno de la mejor calidad y bien evidente, de la “hora” del Maestro.

Sin embargo, mientras avanzamos, permanece un interrogante: *¿Por qué Jesús primero rechaza la petición de su mamá y luego, de todos modos, realiza el signo?* Tal vez nos ayude una situación parecida, en el mismo evangelio, donde encontramos numerosas semejanzas, pero a la vez algunas diferencias. Se trata de una escena en Juan 7.

Jesús andaba por Galilea. No quería estar en Judea, porque allí los judíos lo buscaban para matarlo. Se acercaba la fiesta de las enramadas... y los hermanos le dijeron a Jesús: No te quedes aquí, sube a la fiesta, a Judea, para que tus seguidores vean también allá cuanto haces aquí... Jesús les dijo: *aún no ha llegado mi hora* (Jn 7,1-6).

Jesús les dijo: vayan ustedes a la fiesta; yo no voy, porque todavía no se ha completado mi tiempo (kairós). Les dijo esto y él se quedó en Galilea (Jn 7,8-9).

Pero después que se fueron sus hermanos, también Jesús fue a la fiesta, aunque no se exponía de manera pública, sino casi en secreto (Jn 7,10).

Hacia la mitad de la fiesta, Jesús entró en el templo (de Jerusalén) y comenzó a enseñar (Jn 7,14).

Pues ahí está, hablando en público, y nadie le dice nada (Jn 7,26).

Según este pasaje de Juan 7, los hermanos (parientes y familia) le piden a Jesús una obra pública y él da una respuesta no sólo negativa sino bastante ruda, como en Juan 2,4. No habla de la “hora” sino del tiempo (kairós), pero en el contexto las expresiones se relacionan porque “kairós” es el tiempo significativo, el tiempo del momento justo.

La primera semana (el tiempo) en el Cuarto Evangelio

En algunos pasajes del Cuarto Evangelio la dinámica del tiempo como “cros” (el tiempo del reloj) se halla en relación con el tiempo significativo (kairós, en griego).

Y al día tercero, hubo una boda en Caná de Galilea... (Jn 2,1).

Pero, en este momento, cabe una pregunta en Juan 2,1: *¿Al tercer día, después de cuál evento?*²¹ De inmediato el interrogante nos devuelve a Juan 1. Y allí la mención del tiempo comienza en Juan 1,29.

Al día siguiente Juan (Bautista) vio a Jesús... (Jn 1,29).

El día anterior, al mencionado aquí, Juan Bautista ha dado testimonio de su identidad delante de las autoridades judías y con claridad ha dicho: *“yo no soy el Mesías”* (Juan 1,20). En el segundo día, *Juan ve a Jesús*; se trata de una manera de mostrar el progreso de la revelación. Ya tenemos en nuestras cuentas cronológicas “dos días”.

²¹ No carece de significado esta manifestación al tercer día. El “tercer día” en la tradición cristiana era, desde los primeros tiempos, el día en el cual Cristo manifestó su gloria en la resurrección de entre los muertos. Concuera con el punto de vista de este evangelista, según el cual, todo el servicio diaconal del Verbo encarnado posee el sentido del “tercer día de su gloria”. Cf., J. P. MEIER, *Un juicio marginal...*, o.c., 1074; C. H. DODD, *Interpretación del Cuarto Evangelio*, Cristiandad, Madrid 2004, 348.

Al día siguiente, Juan estaba allí otra vez con dos de sus discípulos... (Juan 1,35).

En este tercer día, mientras progresa la revelación, Juan Bautista les muestra a sus discípulos “*el Cordero de Dios*”. Esta identificación lleva a los discípulos a dejar al Bautista y seguir detrás del nuevo Maestro.

Ya en el cuarto día, de esta primera semana, dice el texto:

Al día siguiente, Jesús decidió ir a la región de Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: Sígueme (Juan 1,43).

Jesús en persona se traslada de Judea a Galilea, y llama al seguimiento a Felipe, quien será uno de sus discípulos. Sin duda el texto nos menciona un tiempo cronológico pero con un profundo contenido significativo porque la revelación progresa y en orden al discipulado.

En este momento aparece Juan 2,1, con la mención de “tres días después (del día cuarto)...”. Los tres días están en relación con el comienzo del discipulado en este evangelio, por eso esta mención de tres días sirve para completar, entre Juan 1 y Juan 2, *un total de siete (7) días*, para referir no sólo el tiempo de *una semana*, sino un tiempo completo, pues abarca siete jornadas. No olvidemos cómo el número siete posee entre los judíos un sentido de tiempo completo, porque el número siete resulta de la suma del tiempo (pasado-presente-futuro: 3) y del espacio (norte, sur, este, oeste: 4). Cuando se unen tiempo y espacio tenemos delante la realidad completa perceptible en esta historia y dentro de la creación.

El tiempo cronológico se transforma en tiempo “*kairós*”, esta primera semana marca el inicio del Cuarto Evangelio, comienzan los tiempos nuevos, la nueva semana de la creación, y ella culmina con el signo del vino abundante en Caná y, a pesar de este sentido, es apenas la cuota inicial de la “hora” de Jesús. Desde el comienzo hay abundancia, nos resta esperar un final desbordante. La hora de Jesús está en juego.

La voluntad de Dios y no el querer de los intereses humanos

Otro elemento común entre Juan 7 y Juan 2 se halla en la procedencia de la petición, en ambos casos, proviene de la familia, en Jn 7, de los hermanos

de Jesús, en la boda de Caná, Jn 2, la petición la formuló la madre. Con su respuesta, es decir, con sus palabras, Jesús rechaza condescender al deseo y a la petición de la familia, pero, como una paradoja, después hace cuanto le fue pedido al inicio y lo realiza con creces, porque en Juan 7, Jesús va a la fiesta a Jerusalén, se revela en público, y ejerce su servicio delante de todos (Jn 7,14.26).

En ambos casos Jesús hizo aquello pedido por sus familiares (la Madre, los hermanos), aunque él, al principio y de manera formal, se opuso a la petición con un rechazo taxativo. Estos datos poseen quizá un solo sentido: el comienzo y la realización de la hora en el ministerio de Jesús no viene en conexión ni estrecha ni dependiente con la carne y con la sangre. La hora de su servicio a la humanidad no nace de intereses humanos, *sólo responde a la voluntad de Dios, es decir, al plan salvador del Padre.*

La frase de Jesús a su mamá: *“aún no ha llegado mi hora”* muestra de manera tajante cómo el Maestro, en su praxis, no se deja determinar por las condiciones humanas, sino sólo por la voluntad de su Padre. Jesús lleva adelante su obra no según sus humanos intereses sino a partir del querer de Dios.

Jesús les dijo: les aseguro que el Hijo de Dios no puede hacer nada por su propia cuenta; sólo hace lo que ve hacer al Padre. *Todo lo que hace el Padre de manera igual lo hace el Hijo* (Jn 5,19).

Jesús entonces no sigue su voluntad personal, sino la voluntad de quien lo envió.

Yo no puedo hacer nada por mi cuenta. Juzgo según el Padre me ordena, y mi juicio es justo, pues no trato de hacer *mi voluntad sino la voluntad de quien me envió* (Jn 5,30).

Mi alimento es *hacer la voluntad* de quien me envió y llevar hasta el final su obra (Jn 4,34).

Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino para *hacer la voluntad de quien me envió*. Y esta es la voluntad de quien me envió: que no pierda a ninguno de quienes me ha dado, sino que los rescite en el último día. Porque esta es *la voluntad de mi Padre*: que quien con-

templa al Hijo y crea en Él, tenga vida eterna; y que yo le resucité en el último día (Jn 6,38-40).

Cuando yo estaba con ellos en este mundo, los cuidaba y los protegía con la fuerza de tu nombre, el nombre que me has dado. Y ninguno de ellos se perdió (Jn 17,12).

Esta voluntad del Padre, a la cual Jesús se confía por entero, no es de hecho un principio formal o un planteamiento filosófico elocuente, cuyo efecto es esporádico. La voluntad del Padre corre a través de la praxis efectiva y sanadora de Jesús; se encuentra en estrecha relación con el plan salvador de Dios para los seres humanos en esta creación, en las relaciones del Padre con el mundo y con la historia. La voluntad de Dios, su intención de salvación con una comunidad de hermanos y hermanas donde se eliminan las diferencias, se identifica con el plan de Dios para el mundo y para Israel.

De acuerdo con la cita de Juan 4,34: *“Mi alimento es hacer la voluntad de quien me envió y llevar hasta el final su obra”*, nos descubre un paralelo importante entre “hacer”, es decir, implica una praxis, una actividad, una acción... “la voluntad”, de quien envió a Jesús, es decir, el Padre... y culminar la “obra”, se trata de la obra de Dios. Aquí se puede ver cómo esta voluntad de Dios no es un principio formal ni una idea, es, por el contrario, una “actividad”, una “acción”, una “praxis”.

III. La “Pistis” (La Fe) en el Cuarto Evangelio (Jn 2,11)

Ya desde el Antiguo Testamento Dios quería un pueblo; los detalles de esa voluntad quedan revelados aquí por medio de Jesús y en él. La gloria del Señor, tangible en los signos del Cuarto Evangelio, tiene como su cometido esencial despertar la fe de los discípulos, como una opción para ser salvados. Esta propuesta arroja al entero Israel, pero va más allá de Israel en cuanto engloba a todas las gentes.

El Dios de la Biblia nunca se impone a la fuerza, ni obliga a nadie a aceptarlo, la gloria del Padre sólo se inserta en el mundo cuando es “acogida”, cuando se “cree” en ella. Quienes asumen esta actitud de aceptación son guiados y recogidos por Dios. Pero es claro un dato: *no todos creen, incluso*

algunos rechazan la propuesta y hay quienes lo hacen con violencia. De hecho, las autoridades judías y romanas, asesinaron a Jesús el Cristo.

Desde la lectura de los evangelios, esta muerte de Jesús entra en el proyecto del Padre, hace parte de la voluntad divina en cuanto la muerte del “Hijo de Dios” es el “lugar” donde, como una paradoja, la gloria, la hora y la salvación dividen al mundo y muestran un abismo.

Dios nos ama (*agápê*)²² y nos da a su Hijo, hasta el último aliento, para enseñarnos cómo llevar adelante una vida con trascendencia divina; a los seres humanos nos corresponde una opción, una respuesta... o asumimos el proyecto o lo rechazamos, en este instante se crea una distancia o una proximidad con Jesús. La opción genera una “praxis”, una acción, por eso Jesús al asumir el plan del Padre, comienza una “actividad”, cumple con el trabajo de Dios.

Yo te glorificado aquí en el mundo, pues he llevado hasta la meta la obra que tú me confiaste hacer (Jn 17,4).

Cuando volvemos al signo del vino (Jn 2,1-12), comprobamos cómo aquí en sentido estricto, en el inicio de la “hora de Jesús” comienza a su vez la “**gran acción de Dios**” en su Hijo. Dios le revela a Israel (a los judíos) su gloria, tangible, palpable, por eso se puede degustar en el vino abundante y de excelente calidad; esta es la manera de releer con sentido de plenitud y desde Jesús, las profecías del Antiguo Testamento.

De otro lado, Dios revela su gloria en el Hijo. En apariencia asoma una contradicción pues el evangelista habla de la gloria de la “Palabra” en Dios (Jn 1,1), pero a la vez, esa “Palabra” se hace humanidad (Jn 1,14). El texto cita: Cielo-tierra; gloria-humanidad; kenosis-honor; exaltación-humillación... por eso se ve aquí una posible paradoja.

Sin embargo, aquí no hay discordancia, más bien el evangelista nos hace caer en cuenta de un detalle. Ante Jesús no podemos permanecer indiferentes, el contacto con él provoca la elección, el sí o el no a su persona. Y estas opciones generan divisiones y en ocasiones abismos casi insalvables. Muchas personas creyentes se reúnen como nuevo pueblo de Dios en torno a Jesús, otros permanecen como campo de siembra y evangelización. A

²² G. SCHNEIDER, en: H. BALZ - G. SCHNEIDER (ed.), *Diccionario Exegético...*, o.c.

partir de ese momento se crea una distancia, un abismo, tan grande como la separación entre cielo y tierra, de acuerdo con la imagen del mundo antiguo.

Y este mismo criterio lo usa también el Cuarto Evangelio en el relato de Juan 2,1-12. Una vez se percibe la sobreabundancia del vino, su calidad excelente, el maravilloso sabor de la gloria de Dios... viene el momento de las decisiones. Por eso la narración nos presenta ahora una neta división entre *quienes “creen”* en el signo y ven allí la gloria de Dios, y entre *quienes no comprenden* en verdad el sentido del suceso.

El maestresala, los discípulos y la madre de Jesús

El maestro responsable de la mesa en nuestro relato, es a la vez el prototipo de quienes están presentes de manera directa e implicados en toda la brega de la fiesta, pueden degustar la gloria de Dios en este vino copioso y de sabor inmejorable, pero no saben de dónde proviene²³.

El maestresala probó el agua convertida en vino, *sin saber de dónde venía*; los diáconos (servidores) sí lo sabían pues ellos habían sacado el agua (Jn 2,9).

El “architríklinos” (encargado de la fiesta) pertenece al grupo de quienes escuchan, prueban el vino, ven... *pero no alcanzan a comprender*, no saben reconocer, no disciernen. Este dato choca de frente con el comentario del evangelista respecto a los discípulos de Jesús.

... y sus discípulos creyeron (*pisteuô*, en griego) en Jesús (Jn 2,11).

De los discípulos el texto dice de manera explícita “*creyeron en Jesús*” (del verbo griego, procede la palabra “*pistis*”: La fe). Por lo tanto con ellos, con los seguidores fieles del Maestro, comienza a reunirse el verdadero pueblo de Dios. Ellos perciben los signos, acogen la gloria y la hacen creíble. Porque los discípulos creen, gracias a ellos, la gloria de Dios, de hecho,

²³ J. P. MEIER, *Un judío marginal...*, o.c., 1077.

se impone en el mundo, empieza a hacer carrera y los seguidores del maestro reciben la plenitud de la gloria del Señor Jesús.

De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia (Jn 1,16).

Los discípulos creen en su Maestro, creen en Jesús, por eso ya no actúan más en razón de sus intereses y proyectos humanos, al contrario, como el Señor, se adentran cada vez más y se dejan permear hasta lo más profundo de su ser por la voluntad del Padre. Ellos no realizan sus humanas previsiones, sino de manera exclusiva el plan de Dios. Con base en estos datos, el mismo evangelio hace una afirmación significativa al respecto:

Pero a quienes *lo recibieron y creyeron en su nombre*, les concedió el privilegio de llegar a ser hijos de Dios. Y son hijos de Dios, *no por la sangre ni por voluntad de la carne, ni por voluntad de los hombres* (naturaleza y deseos humanos) sino porque Dios los ha engendrado (Juan 1,12-13).

Sólo cuando ahondamos en estas dimensiones del relato del vino abundante en Caná de Galilea, tiene sentido preguntar por el papel de la Madre de Jesús, la Santísima Virgen, en la economía integral del pasaje.

Ante todo, ella no hace parte del grupo incrédulo, ni de quienes están envueltos en el suceso, en toda la historia del asunto, sin comprender los eventos salvadores. La Madre de Jesús sabe de dónde proviene el vino.

La madre de Jesús dijo a los diáconos (a quienes estaban sirviendo) *haced lo que él os diga* (Juan 2,5).

Pero en este relato, tampoco se identifica a la Madre de Jesús como quien pertenece al grupo creyente a la manera de los seguidores. Sólo de los discípulos se dice: *creyeron en Jesús*. Y este hecho nos obliga a profundizar en el argumento porque el evangelio nos ofrece otro elemento de reflexión²⁴.

²⁴ La madre de Jesús está presente en este signo inaugural, y estará en el último (la Cruz). En ambas ocasiones Jesús la llama "mujer" (2,4; 19,26). El término "mujer", usado aquí es vocativo, evoca el primer evangelio para la humanidad, en Gen 3, 15, un texto ca-

Después de este suceso Jesús se fue a Cafarnaúm en compañía de su madre, de sus hermanos y de sus discípulos; y allí estuvieron unos cuantos días (Juan 2,12).

El grupo presente en Caná involucra a Jesús, a su madre, a sus hermanos (parientes), pero en la frase conclusiva de Juan 2,11, al mencionar quiénes creen en Jesús sólo se cita a los discípulos. De aquí tampoco se puede extraer como conclusión una actitud de incredulidad de la mamá de Jesús en su momento histórico respecto a su hijo. Más bien, debemos ir más allá y formular una pregunta diferente *¿Cuál es la función de la Madre de Jesús en este relato de Juan 2,1-12?*

Por la presencia de la Madre en el signo del vino sobreabundante vienen a ser claros al menos dos elementos esenciales: ante todo, ella pone al descubierto el inicio de la hora de su Hijo, no cuando a Jesús le parece, sino cuando los otros, en este caso los recién casados, tienen una importante necesidad y están *“ad portas”* de pasar una terrible vergüenza.

En segundo lugar, por la Madre de Jesús, vemos cómo la hora de Dios no coincide de manera exacta con la hora de los seres humanos, sin entrar tampoco de hecho en contradicción. La voluntad de Dios no se identifica con la voluntad del hombre, pero no siempre se oponen. Aquí se entiende la respuesta, hasta ahora un poco brusca, de Jesús a su mamá, cuando ella le pide actuar en esa boda.

Así la petición sea formulada por el ser más querido aquí en la tierra (la madre), o por los hermanos como en Juan 7,3, dicho pedido no está por encima de la voluntad del Padre²⁵. Por la presencia de la mamá en Caná de Galilea, conocemos a quienes creen y a quienes poco comprenden del asunto. Con quienes creen se comienza a reunir el verdadero pueblo de Israel, y los nuevos parientes de Jesús no vienen ni de la carne, ni de la sangre, sino de quienes cumplen la voluntad de Dios.

Cuando el Padre crea su pueblo nuevo, supera los límites de la familia natural, de la parentela, de las naciones, de la sociedad... aquellos vínculos

paz de adquirir pleno sentido cuando se lee desde Jn 19, 25-27. Cf., J. P. MEIER, *Un judío marginal...*, o.c., 1077; Cf., T. OKURE, en: W. FARMER, *Comentario Bíblico Internacional: Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI*, Verbo Divino, Navarra 2005, 1333.

²⁵ Cf., J. P. MEIER, *Un judío marginal...*, o.c., 325.

amparados sólo en lazos biológicos (Cfr. Mc 10,28-30; Mt 23,8-9). Esta perspectiva es similar en su dirección a la propuesta de Mc 3,20-35 donde Jesús proclama la nueva familia del Reinado de Dios. En agudo contraste con los lazos de sangre, de la carne y de la parentela, Jesús presenta a quienes cumplen la voluntad de Dios como su hermano, su hermana y su madre (Mc 3,33-35)²⁶.

La madre de Jesús encarna el Antiguo Israel

Dentro de la economía de Juan 2,1-12, la Madre de Jesús representa no tanto al creyente (los discípulos, nuevo pueblo de Dios), ni tampoco a quienes están allí sin saber del asunto como el maestra sala, sino a quienes como familiares de Jesús por la carne y por la sangre (en este caso la mamá y en Juan 7,3 los hermanos) aún no han dado el salto a la nueva familia de Jesús, conformada a partir de su aplicación a la voluntad del Padre.

Por lo anterior, el texto del Cuarto Evangelio nunca nos regala el nombre de la Madre de Jesús, porque le interesa el anonimato para transformarla en una categoría comunitaria, es decir, colectiva. La mamá del Maestro identifica y representa a quienes como mayoría están vinculados con Jesús por los lazos de sangre (los judíos, el Antiguo Testamento, quienes esperan al Mesías, el pueblo antiguo...). Ella escucha la Palabra, se deja corregir... pero también tiene el valor de decir a los servidores: *haced como él diga* (Cfr. Juan 2,5).

La Madre de Jesús es la única convencida de una verdad: *su hijo va a actuar*²⁷. Ella espera la obra de su hijo y sólo ella aguarda esa manifestación inmediata, ella intuye esta plenitud cuya irrupción se hace patente en el mundo gracias a su hijo, Jesús. Por eso la Madre aquí significa no sólo al antiguo Israel, al pueblo del viejo testamento, sino a aquel Israel capaz

²⁶ Cf., T. ODEN - C. HALL, *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia y otros autores de la época patristica: Nuevo Testamento 2 Evangelio Según San Marcos*, Ciudad Nueva, Madrid 2000, 102.

²⁷ Sin duda la madre llama la atención de su hijo Jesús, sobre aquella situación crítica (no hay vino en la fiesta). En otras escenas (Jn 5, 5-7; 6, 5-9; 11,21), se presentan otras necesidades humanas insolubles, pero no se pide ni se espera, a toda costa, la intervención del Maestro. Aquí en Jn 2, 1-12, la Madre, sin embargo, espera una respuesta o una acción de Jesús su hijo. Cf., R. BROWN, *El Evangelio según Juan (I-II)*, Cristiandad, Madrid 1979, 289.

de salir con prontitud y lleno de esperanza al encuentro del Mesías, para dejarse reunir por Dios desde la fe y constituirse en el nuevo pueblo de Dios. El nuevo Israel se encuentra en una actitud de espera intrépida, en el umbral de la nueva experiencia, cuyo desarrollo ya se percibe.

La validez de esta exégesis se corrobora con el otro texto del Cuarto Evangelio donde aparece de nuevo la Madre de Jesús:

Estaban junto a la cruz de Jesús su *madre* y la hermana de su *madre*, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su *madre* y al *discípulo* a quien amaba, que estaba allí, dijo a su *madre*: *Mujer*, mira ahí a tu hijo. Después dice al *discípulo*: mira ahí a tu *madre*. Y desde aquella hora el *discípulo* la asumió como propia (Juan 19,25-27).

En torno a la cruz de Jesús se reúne el nuevo pueblo: cuatro soldados (los cuatro puntos cardinales: Juan 19,23); cuatro mujeres (Juan 19,25); tres crucificados (Jesús y otros dos, Juan 19,18) y el discípulo a quien Jesús amaba (Juan 19,26), en total doce personas, bien dispares pero unidas en una cruz victoriosa, junto a un crucificado capaz de resucitar.

Con esta perspectiva, el Israel cuya figura está presente en el Cuarto Evangelio en la persona de la Madre de Jesús (cinco veces en este pasaje), es asumido y recibido aquí, en la cruz, por la nueva comunidad y bajo la protección del discípulo a quien Jesús amaba.

En el Cuarto Evangelio este discípulo puede recostarse en el pecho del Señor, está en la cruz, cree en la resurrección sin ver, es el primero en reconocer al resucitado, está embebido en el amor de agápê... él personifica la gracia de la fe y el conocimiento verdadero, es decir, a quienes oramos el texto. El discípulo a quien Jesús amaba representa el paradigma del Nuevo Testamento, de las comunidades y el nuevo pueblo cuyo inicio se encuentra en Jesús. Aquí en la cruz se vuelven a reunir el Antiguo y el Nuevo Testamento, el pueblo arcaico con la nueva comunidad.

IV. El signo del vino sobreabundante es apenas el inicio

Sin duda la narración tiene un alcance para muchos impensable. La frase de Juan 2,11, dicho esencial para el pasaje, al hablar del signo, dice: es el

comienzo (en griego: *arche*), el inicio de un nacimiento, el principio de una realidad mucho más grande, el primer signo de cuantos Jesús realizará. Llama la atención una inauguración colmada de tanta sobreabundancia y calidad. Pero señala sólo el estreno. El proyecto de Jesús aunque empieza en Caná sigue adelante y acompaña el íntegro servicio diaconal de Jesús. Por eso el autor del Cuarto Evangelio se atreve a decir:

Jesús hizo otros muchos signos delante de sus discípulos los cuales no están escritos en este libro. Pero éstos ha sido escritos *para que creáis* que Jesús es el Mesías (el Cristo), el Hijo de Dios *y creyendo*, tengáis vida en su nombre (Juan 20,30-31).

La riqueza de los signos realizados por Jesús no se puede medir. La segunda conclusión del Cuarto Evangelio, en Juan 21, un capítulo considerado por la mayoría de los estudiosos como de inserción tardía en el conjunto de la obra, trae una frase precisa:

Jesús hizo muchas otras obras; tantas que, si se escribieran una por una, creo que no cabrían en todo el mundo los libros que podrían escribirse (Juan 21,25).

De esta sobreabundancia de signos el autor y la comunidad responsable del Cuarto Evangelio escogieron, como ya se dijo, “siete” signos. Estos signos por lo tanto transparentan, revelan y descubren la plenitud de la “gloria del Señor”. Más adelante los discípulos, en el signo del pan sobreabundante (Juan 6,1-15) recogen las partes no consumidas y llenan con ellas “doce canastos” rebosantes (Juan 6,13). Jesús, quien es la resurrección y la vida, al devolverle la existencia a Lázaro (Juan 11,1-44), muestra cómo aquí y ahora, hay resurrección y vida eterna (Juan 11,25-27; 5,24; 1Juan 3,14); con Jesús se pasa de la muerte a la vida.

Jesús es el Cristo, del cielo y de la tierra

En sentido estricto el relato no se cierra ni hay en él una conclusión, al contrario, todas las puertas y las ventanas quedan abiertas, no para mirar

estos marcos sino todo el paisaje y el horizonte visible desde allí. El Cuarto Evangelio tal vez no podría decirlo de otro modo, ni de una manera más clara: *Jesús llevó hasta la meta el plan salvador de su Padre*. Reveló en su persona, en los signos abundantes y generosos la gloria de Dios, y al revelarla la compartió con sus discípulos quienes se contagiaron fascinados con esta manifestación divina en la historia nuestra.

Los discípulos, los seguidores de Jesús, de ayer, de hoy y de siempre, han recibido como creyentes, por la plenitud de la gloria del Padre, “*gracia sobre gracia*” (Juan 1,16). En verdad esa gloria tiene su origen en Dios:

Padre, tú me los diste, y quiero que estén conmigo donde yo voy a estar, para que *vean mi gloria, la gloria que me has dado*; porque me has amado desde antes que el mundo fuera hecho (Juan 17,24).

Pero dicha gloria, la de Jesús, sucede para los creyentes ahora, en el curso de esta historia, con sus múltiples facetas, contradicciones y retos. La gloria de Jesús también es terrena.

Pues Dios amó tanto *al mundo, que envió a su hijo único*, para que quien cree en él no muera, sino que tenga vida eterna (Juan 3,16).

Luego dijo Jesús: *Yo he venido a este mundo para hacer juicio*, para que los ciegos vean y para que quienes ven se vuelvan ciegos (Juan 9,39).

... voy a prepararles un lugar y después de irme y prepararles un lugar, *vendré otra vez para llevarlos conmigo*, para que ustedes estén en el mismo lugar en donde yo voy a estar (Juan 14,2-3).

La gloria de Jesús se mueve entre el cielo y la tierra, pero su acción visible se percibe en esta historia, en los signos donde asoma incontenible la sobreabundancia divina, en la bondad, la salud y la misericordia de Dios con quienes le pertenecen.

Pero a la vez, la gloria de Cristo (doxa, en griego) presupone la fe:

Pero a quienes lo recibieron y *creyeron en su nombre*... Y hemos visto su *gloria*, la gloria que recibió del Padre... (Juan 1,12.14). Cfr. Juan 11,40.

Con base en los pasajes anteriores, la gloria como un proceso de transformación de la historia no sucede sólo en los corazones de las personas bien dispuestas. Por ello el Cuarto Evangelio se remite a la “onticidad” de las profecías de Israel y desdobra siete acciones-fuerza de Jesús. Estos signos no se rebasan con facilidad, pues Jesús pone allí todo su dinamismo, los signos son concretos y revelan un insuperable “realismo” histórico.

Los signos dentro del proceso de la revelación

De otro lado, Jesús huye de aquellas apreciaciones aisladas de los signos, cuando se les separa del entero proceso de la revelación y de la dinámica continua del evangelio.

Pero como Jesús se dio cuenta de que querían llevárselo a la fuerza para hacerlo rey, *se retiró otra vez a lo alto del monte, para estar solo* (Juan 6,15).

Jesús les dijo: les aseguro que ustedes me buscan porque se alimentaron hasta saciarse, y *no porque hayan comprendido (visto) los signos*. No trabajen por el alimento que se acaba, sino por el alimento que permanece y que les da vida eterna (Juan 6,26-27).

Las acciones-fuerza de Jesús, para el beneficio de sus semejantes, no se pueden distanciar del auténtico suceso de la revelación, pues no se entienden de manera integral por sí mismos. Quienes piden “*signos y prodigios*” (Jn 6,30), de hecho, se buscan a sí mismos y no corren tras el plan salvador de Dios. Por eso el Cuarto Evangelio ante los signos de Jesús abre una disyuntiva: o se cree o no se cree, fe o no fe. La fe en este contexto no significa apartar los signos de su realidad sensible, sino más bien asumir su inescindible relación con la praxis salvadora de Dios. Al final del Cuarto Evangelio el resucitado le dice a Tomás:

Jesús le dijo: *¿Crees porque me has visto?* ¡Bienaventurados quienes creen sin haber visto! (Juan 20,29).

De manera directa se habla del discípulo a quien Jesús amaba:

Entonces entró también el otro discípulo (el discípulo a quien Jesús amaba), quien había llegado primero al sepulcro, *vio y creyó* (Juan 20,8).

Llama la atención cómo el discípulo a quien Jesús amaba vio, no al resucitado como Tomás, sino las vendas y el sudario, usados con el cuerpo del crucificado (Jn 20,6-7) y estos pocos datos fueron suficientes para adentrarse en la experiencia del resucitado. Con esta base y sin intercambiar palabra con el resucitado, es el primero en reconocerlo en Juan 21,7: *¡Es el Señor!*

El discípulo a quien Jesús amaba, asoma en el Cuarto Evangelio sin un nombre propio, su anonimato sella una forma de involucrar al lector en la narración. Por eso los bienaventurados de Juan 20,29, somos también nosotros y quienes, sin haber visto, creerán a lo largo de esta historia.

Estos textos recién leídos no infravaloran ni demeritan el “ver” y “palpar” la gloria del Señor, más bien, de acuerdo con el criterio del evangelio cuarto, se rechaza un “falso” modo de ver, según el cual, se quisiera tener delante, como “una muestra tangible” (*un bello cuadro en relieve*) la realidad del resucitado:

Pero Tomás les contestó: *Si no veo* en sus manos las heridas de los clavos, y si no meto mi dedo en ellas y mi mano en su costado, *no creo* (Juan 20,25).

Quizá Tomás refleja la mentalidad de algunos durante la generación sucesiva a los discípulos de Jesús; para dichos creyentes ya no hubo ninguna aparición del resucitado, ninguna manifestación pascual especial y, por eso, ellos “dependen” del testimonio (mártir, en griego) de los cristianos de la primera generación post-pascual.

En verdad, a Tomás no se le pide creer sólo en “la palabra”, más bien se le pide creer en el resucitado visible y palpable en el “testimonio” de los otros discípulos, en los miembros traspasados por el resucitado allí en la comunidad. En cuanto tal, se trata de un testimonio unánime y completo

capaz de sobrepasar con creces la “sola palabra”. La “sola palabra” además de intimista, priva de su dimensión concreta y mundana a la gloria de Cristo presente en el “testimonio” de la comunidad eclesial (La Iglesia).

La gloria de Cristo en la cruz victoriosa

Con base en lo expuesto, la gloria de Cristo tampoco se separa de la cruz, así lo comprende muy bien el evangelio cuarto en varios pasajes:

Estaba cerca la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que *había llegado su hora* para pasar de este mundo a su Padre... (Juan 13,1).

... Jesús miró al cielo y dijo: Padre, *ha llegado la hora, glorifica* a tu Hijo, para que también tu Hijo te *glorifique*... *Yo me voy* para estar contigo (Juan 17,1.11).

A partir de este momento no se puede hablar de la gloria de Cristo sin involucrar también la hora del Hijo, es decir, el momento impactante de la cruz, incluso con su fuerte manto de oscuridad. Pero a la vez las tinieblas de la cruz, dentro del plan salvador del Padre, hacen parte de la gloria e introducen en ella. En este sentido cabe volver a:

Si la semilla del grano de trigo, no cae en la tierra *y muere*, queda infecundo, *pero si muere*, de hecho, da mucho fruto (Juan 12,24).

Y el fruto no se refiere sólo al “más allá” o al ámbito interior de la mente y el corazón de un ser humano individual. También abarca el “más acá” donde el creyente se hace memorial de su Señor, cuando se entrega a los demás en sus dones y cualidades. Ese desgaste de la vida beneficia a los otros, a la comunidad, a los hermanos y hermanas. La Iglesia se favorece de esta sobreabundante cosecha del grano sembrado en la tierra²⁸. Esta recolección copiosa nace de la muerte de Jesús:

²⁸ Con un ejemplo de la creación, Jesús señala el designio de la ‘*nueva creación*’. Él, Palabra, Pan y Vida, se compara con la semilla de trigo, explica así su fuerza vital al caer en la tierra. Es idéntico el destino de la semilla, ella produce fruto según su especie, al sino del

Pero uno de ellos llamado Caifás, quien era el sumo sacerdote aquel año, les dijo: ustedes no saben nada, ni se dan cuenta de que es mejor para ustedes que *muera un solo hombre por el pueblo*, y no que la nación toda sea destruida... Él profetizó que Jesús iba a morir por la nación judía, y *no sólo por esta nación, sino también para reunir a todos los hijos de Dios que estaban dispersos*. Por eso desde aquel día las autoridades judías tomaron la decisión de matar a Jesús (Cfr. Juan 11,50-53).

La comprensión de la gloria tampoco se aparta de la cruz porque recoge el testimonio de quienes convivieron con Jesús, pero también el proceso de discernimiento de las primeras comunidades cristianas de la segunda y tercera generación (quizá otras más), cuando enfrentaron la asechanza de los judíos, de los romanos y de otros grupos. Las persecuciones estuvieron marcadas por experiencias tan dolorosas e impactantes como el martirio, bajo diversas formas, de muchos de los miembros en las comunidades creyentes.

San Pablo tuvo al respecto una claridad idéntica:

Testimoniamos (anunciamos) a Cristo *crucificado*, escándalo para los judíos y para los griegos una locura (1Cor 1,23).

Y también él, afirma con meridiana precisión:

Llevamos siempre en el cuerpo por todas partes *la muerte de Jesús*, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2Cor 4,10).

Por eso todos nosotros, sin el velo que cubría nuestra cara, somos como un espejo en el cual *se refleja la gloria del Señor* y nos vamos transformando en su ícono porque cada vez tenemos más de su gloria, por la acción del Espíritu del Señor (2Cor 3,18).

Hijo del hombre. Como la semilla cae en la tierra, muere y produce fruto abundante, Jesús, elevado de la tierra, atrae a todos los hombres y les comunica su vida de Hijo. Cf., S. FAUSTI, *Una comunidad lee el evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2008, 347.

Cuando llegamos al final

La asimilación de la gloria de Dios, desde la exégesis de la Sagrada Escritura, en el mundo de hoy, y en particular en nuestra Iglesia, no es un asunto lejano o de épocas pasadas, bajo el pretexto de una presentación de la gloria de manera exclusiva desde el punto de vista trascendente, lejana de esta historia y en un mundo suprasensible.

Al contrario, el análisis hecho nos deja un reto: en nuestras comunidades cristianas se puede y se debe decir hoy, *aquí está la gloria del Señor, la hemos palpado y degustado en nuestros hermanos y hermanas, porque también estamos inmersos en Juan 2,1-12*. Y este llamado interesa no sólo para el relato en cuestión, sino para la entera Sagrada Escritura. Si no hay detrás de la aproximación al texto una experiencia de Dios, los trozos bíblicos permanecen en última instancia como letra muerta, impregnados del polvo de los años, en los vetustos anaqueles de numerosas indemnes bibliotecas.

La gloria del Señor resplandece también hoy como en Juan 2,1-12, brilla como “signo” y esta verdad no la debemos olvidar. *Se trata de un signo de Dios, es un regalo, un don, una gracia*. Si leemos y oramos los signos de los tiempos, si el signo sucede, entonces corramos al lugar donde se verifica y demos testimonio de él a nuestros hermanos y hermanas diciéndoles: “*Ven y verás*” (Juan 1,39).

La gloria de Cristo fulgura hoy en nuestras comunidades y en la Iglesia, cuando los seres humanos pasamos a un segundo plano nuestros intereses, los ideales de la carne, de la sangre, de la parentela y, sin condiciones ulteriores, buscamos sólo llevar a cabo la voluntad del Padre. Esta decisión nos pide una fe segura en Dios, Él crea en esta historia, transforma a diario la realidad, congrega a su pueblo. Él reúne a quienes están en capacidad de comprender su acción salvadora, así como los discípulos acertaron y creyeron en el Señor Jesús, a propósito del vino sobreabundante y de excelente calidad, en la boda de Caná de Galilea (Jn 2,11).

Sólo quienes como cristianos y creyentes, como comunidad de hermanos y hermanas, se dejan congregar en la unidad por la cual Jesús ora (Cfr. Jn 17,20-23), sólo en estas personas irrumpirá también hoy el signo de la gloria para optar (creer) por el Maestro. La gloria del Señor reluce y se puede no sólo ver sino también “degustar”. He aquí el reto de Juan 2,1-12 para quienes somos protagonistas de la historia actual.

Bibliografía

- ATTRIDGE, H., "Genre bending in the fourth gospel", *Journal of Biblical Literature* 121/1 (2002) 3-17.
- BALZ, H. - SCHNEIDER, G. (ed.), *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 2002.
- BLANK, J., *El Evangelio Según San Juan*, Herder, Barcelona 1984.
- BORTOLINI, J., *El Evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2009.
- BROWN, R., *El Evangelio según Juan (I-II)*, Cristiandad, Madrid 1979.
- BROWN, R., *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella 2004.
- BUCHANAN, I., *A Dictionary of Critical Theory*, Oxford OUP, Oxford 2010.
- CHACON, L., "Principales líneas de interpretación de Jn 2, 3c-4 en la historia de la exégesis", *Estudios Eclesiásticos* 77 (2002) 385-460.
- DODD, C. H., *Interpretación del Cuarto Evangelio*, Cristiandad, Madrid 2004.
- FARMER, W., *Comentario Bíblico Internacional: Comentario católico y ecuménico para el siglo XXI*, Verbo Divino, Estella 2005.
- FAUSTI, S., *Una comunidad lee el evangelio de Juan*, San Pablo, Bogotá 2008.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, A., *Ti Emoikaieoi: ¿Qué hay entre tú y yo?: Jn 2, 4a, nuevas perspectivas. Tesis para obtención del grado de doctor*, Ed. Universidad de Salamanca Salamanca 2003.
- JAUBERT, A., "El Evangelio según San Juan". *Cuadernos Bíblicos n° 17*, Verbo Divino, Estella 1985.
- KIERSPEL, L., "Dematerializing' Religion: Reading John 2-4 as a Chiasm", *Biblica* 89 (2008) 526-554.
- KÖSTENBERGER, A., *Encountering John: The Gospel in Historical, Literary, and Theological Perspective*, Baker Academic, Grand Rapids 2002.
- LÉON-DUFOUR, X., *Lectura del Evangelio de Juan*, Sígueme, Salamanca 2001.
- LEVORATTI, A., *Comentario Bíblico Latinoamericano*, Verbo Divino, Estella 2003.
- LOHFINK, G., *Le grandi opere di Dio continuano*, Queriniana, Brescia 1996.
- LUZITU, J. J., "Who is the Mother of Jesus at Cana?: A mariological interpretation of John 2: 1-12", *Hekima Review* 23 (2000) 8-21.
- MCKINION, S., *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 2007.
- MEIER, J. P., *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús Histórico*, Verbo Divino, Estella 2000.

- MOLONEY, F., *El Evangelio de Juan*, Verbo Divino, Estella 2005.
- MUÑOZ LEÓN, D., “La Iglesia: Perspectiva de Juan”, *Biblia y Fe* 26 (2000) 106.
- ODEN, T. - HALL, C., *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia y otros autores de la época patristica: Nuevo Testamento 2 Evangelio Según San Marcos*, Ciudad Nueva, Madrid 2000.
- RIVAS, L. H., *El Evangelio de Juan. Introducción. Teología. Comentario*, San Benito, Buenos Aires 2006.
- SHERIDAN, M., *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 2005.
- SICRE, J. L., *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, Estella 1998.
- TILBORG, S., *Comentario al Evangelio de Juan*, Verbo Divino, Estella 2005.

Artículo recibido el 27 de mayo de 2011.

Artículo aceptado el 7 de julio de 2011.